

NUEVO DESCUBRIMIENTO DE MANUSCRITOS EN PALESTINA (JORDANIA)

En enero o febrero de 1962, los beduinos de la tribu Ta'amrê, ya famosos por el descubrimiento de los manuscritos del Mar Muerto y otros posteriores, se presentaron a Kando, el anticuario sirio de Belén, también vinculado a la historia de aquel descubrimiento, y le ofrecieron en venta un lote de unos 12 ó 14 fragmentos de papiros, encontrados, según ellos, en una caverna al noroeste de Jericó. El precio que pedían los beduinos era exorbitante: 25 mil dinares jordanos, que equivalen a unos 60 mil dólares USA. Pero en Oriente el precio no es más que el principio de un regateo. Por otra parte, Kando nunca hubiera podido ni querido pagar la suma. Le convenía mucho más dar cuenta a los especialistas extranjeros, a los cuales se ha dirigido ya otras veces, para que ellos a su vez informen discretamente del descubrimiento al Departamento de Antigüedades de Jordania y obtengan su visto bueno para adquirir, no ya los manuscritos, sino el derecho de publicarlos. El precio baja naturalmente, pero de otro modo, Kando, que es muy hábil, y los beduinos, que no lo son menos, correrían el peligro de ver la mercadería confiscada por el gobierno jordano.

Los arqueólogos profesionales ya no desconfían más, cuando les llegan noticias de hallazgos como el que comentamos. El autor de estas líneas ha oído confesar al P. R. de Vaux OP, director de la *Ecole Biblique et Archéologique Française* de Jerusalén, que los beduinos tienen sobre los arqueólogos una enorme ventaja, cuando se trata de esta clase de descubrimientos. El beduino conoce lugares que los arqueólogos no sospechan, dispone para explorarlos de todo su tiempo, puesto que la vida beduina consiste en circular por las montañas y los valles del borde del desierto detrás de sus ganados. Y además, el beduino no vacila en trepar y en arrastrarse cuando es preciso, para alcanzar una cueva y penetrar en ella. El arqueólogo prefiere estar más o menos seguro de que va a encontrar algo dentro antes de exponerse a esas aventuras. El dinero le interesa poco; los beduinos, en cambio, han descubierto que la caza de manuscritos es el mejor y más rápido modo de enriquecerse. Para quienes apenas subsisten de la más elemental economía pastoril, la tentación es grande, y paga.

El derecho de publicar los papiros fue finalmente adquirido para las *American Schools of Oriental Research* de New Haven (Com., USA), Jerusalén, Bagdad, por Frank M. Cross, profesor en Harvard y uno de los editores de los manuscritos del Mar Muerto. La suma pagada a Kando y los beduinos no fue la pedida, pero se sospecha que llegaba a los 15 mil dólares. La negociación tuvo sus alternativas, que no podemos relatar aquí. La dificultad principal son los posibles competidores que surgen en el momento más inesperado, y de quienes hay que defenderse como de la peste, sobre todo cuando carecen de todo aval científico.

Asegurados los manuscritos y puestos a buen recaudo en el Museo de Palestina, los arqueólogos pudieron darse a la menos grata tarea de explorar el lugar del hallazgo. Semejante exploración es indispensable, aunque conste por otras vías de la genuinidad de los manuscritos. Es preciso, en primer lugar, comprobar que éstos fueron encontrados allí donde se dice, y luego examinar el contexto arqueológico inmediato, lo cual puede brindar importantes datos para la cronología e interpretación. La omisión de este requisito ha hecho y hace peligrar la seriedad de ciertos descubrimientos incluso muy decantados.

Los arqueólogos se pusieron, por consiguiente, a la obra. El Director de

las *American Schools* en Jerusalén, Dr. Paul Lapp, con el P. de Vaux, y otros colegas, emprendieron en diciembre de 1962 una primera expedición exploratoria. La caverna donde los beduinos decían haber hallado los manuscritos, queda en un estrecho *wadi* al noroeste de Jericó, entre el-Auga y el Alexandrion, llamado por los beduinos *wādi ed-Daliye*. La región es el flanco oriental de las montañas de Palestina central, cuando comienzan a descender hacia el Ghor, y es tan desértica como la que se extiende al sur de Jericó, aunque más rocosa. altura en la pared sur del *wadi*, algo más abajo y más afuera de otrós, también Las montañas y colinas están perforadas de cavernas a todas las alturas. Yo vi varias, ascendiendo hacia la de los nuevos manuscritos. Esta queda a media explorada. Dos más se abren en el flanco norte.

La primera exploración de la caverna dio como resultado positivo el hallazgo de un pequeño fragmento de papiro que correspondía a los ya adquiridos. Así se obtuvo la confirmación buscada. Pero a la vez se vio que era necesario proceder a la excavación sistemática de esa caverna y de las otras para aclarar el contexto arqueológico y tentar nuevos descubrimientos. La tarea no era simple. Para poder penetrar en la caverna, Lapp y sus acompañantes debieron arrastrarse por un estrecho agujero de 55 cm de alto que se internaba en la montaña. El depósito de los manuscritos estaba a unos veinte o veinticinco metros de la entraña. Allí había que descender unos metros más, siempre arrastrándose, pasar bajo un reborde de la roca y llegar a una especie de pequeño resco. Apenas se podía respirar, no sólo por las exiguas dimensiones del túnel de entrada, sino por el polvo impalpable que se levantaba a cada movimiento, del piso del túnel, formado de la acumulación durante siglos del estiércol de los murciélagos que hasta hoy habitan, en increíble cantidad, la caverna. Los arqueólogos también advirtieron que sus manos tocaban por todas partes restos de huesos humanos.

Se resolvió excavar esta caverna y las demás la segunda quincena de enero de 1963. Para ello se formó un pequeño equipo con los estudiantes y pensionistas del presente curso en las *American Schools*. El Departamento de Antigüedades mandó un representante suyo, una señorita. La empresa se mantuvo en el secreto, pero poco antes de concluir la excavación, que duró solamente dos semanas, la noticia había sido ya publicada por los principales diarios de Europa. Paul Lapp me autoriza a publicarla ahora aquí. Al agradecerle, quiero a la vez rendir testimonio a la energía y coraje con que él y su grupo (del cual formaba parte, entre otros, el P. Alexander Di Lella OFM de la *Catholic University of America*) llevaron a cabo esta peligrosa excavación. Sin entrar en pormenores, conviene saber que el equipo de arqueólogos trabajó los quince días bajo tierra, con luz artificial, provistos de máscaras antigases. El agua la traían de Jericó, con un *jeep*, hasta donde el *jeep* podía llegar, luego a lomo de burro a través de las montañas. Nadie perdió, con todo, el buen humor. Cuando nosotros llegamos a visitarlos el día antes de concluir, tuvieron incluso la bondad de explicarnos los resultados del trabajo y se dejaron sacar fotografías.

La excavación reveló que el grupo de cavernas había sido ocupado desde muy antiguo. En la caverna superior del lado sur, el P. Di Lella encontró dos magníficas tinajas completas del período hoy llamado Intermediario en Arqueología de Palestina, y que corresponde al antes llamado Bronce Antiguo IV-Medio Bronce I. La ocupación continúa hasta la última parte del Bronce Tardío, y se interrumpe. Luego recomienza en Hierro II y sigue hasta la época bizantina. Esta es la estratigrafía de las cavernas, como se la ha podido reconstruir a pesar de la confusión de estratos creada, en el depósito de los manuscritos, por la intervención de los beduinos. Entre los pocos objetos de interés encontrados y que son los comunes en esta clase de excavaciones (un aro, un *ostrakon* inscrito, dos monedas datables en 331 a. C., año de la toma de Samaría por Alejandro), la importancia mayor corresponde a los restos de esqueletos humanos. Según un

primer cálculo de Lapp, en la caverna de los papiros habrían encontrado restos de unos trescientos individuos, hombres, mujeres y niños. Yo conté unas sesenta calotas craneanas enteras. Y bastaba poner la mano sobre los lados de la estrecha trinchera cavada por los arqueólogos en el túnel de entrada (para poder entrar caminando) y se tocaba un hueso. La caverna se podía definir, sin exageración ninguna, como un gran sepulcro. Los papiros mismos fueron encontrados, según los beduínos, y la subsiguiente excavación confirmó sus informes, entre restos de vestidos y fragmentos óseos. A pesar, entonces, de la incertidumbre estratigráfica, es posible asociar los manuscritos con este enorme depósito de cuerpos humanos, y concluir que fueron llevados a la caverna por alguno o algunos de los hombres cuyos restos encontramos.

El paralelo con los descubrimientos del desierto de Judá, en Israel, es demasiado patente como para que sea preciso inventar otra hipótesis. Allí se trataba de refugiados judíos, en tiempos de la Segunda Revuelta (en 132 d. C.), que escapaban de la venganza y humillación. Esa gente, hombres, mujeres y niños, también llevaba consigo sus manuscritos y se refugió con ellos en cavernas, donde fue fácil sitiarnos por el hambre, aunque las cavernas mismas, como en el *wadi ed-Daliye*, son de difícil acceso, o directamente inaccesibles. Los nuevos papiros deben su presencia en esa inhóspita cueva a una situación semejante. Pero ¿cuál?

Para esto es indispensable interrogar los manuscritos, y éstos apenas han sido todavía objeto de estudio. Sin embargo, se sabe de ellos lo suficiente como para que se les pueda dar un nombre y una fecha.

Se trata, hemos dicho, de papiros. La mayoría son fragmentos, pero hay uno, por lo menos, lo bastante completo como para haber conservado sus sellos, que son siete, como en el Apoc. 5, 1. La lengua es aramea, aunque la escritura es el alfabeto paleo-hebreo, usado, como es sabido, hasta un cierto momento para escribir en arameo. En un fragmento se pudo leer la palabra *Samaría*. Dos manuscritos tienen o mencionan fechas precisas, que corresponden a 351 y 336 a. C., los años, como se ve, inmediatamente anteriores a la toma de la ciudad de Samaría por Alejandro Magno. Uno de los sellos del manuscrito "sellado" parece contener el nombre o la filiación del gobernador persa de la provincia de Samaría, el "hijo de Sanballat". Sanballat mismo es mencionado en la Biblia: Neh. 2, 16.

Esta convergencia de indicios es suficiente, aun en este primer estadio de análisis de los manuscritos, para atribuirlos confiadamente al siglo cuarto antes de Cristo, y casi ciertamente, a la parte de ese siglo que antecede a la conquista de Samaría por los griegos. Se podría pensar, conforme al paralelo recién indicado, que los dueños de los manuscritos eran habitantes de la Samaría persa que huyeron ante las tropas de Alejandro, fueron descubiertos en su escondite y sitiados hasta morir de hambre o bien sofocados con el humo de hogueras encendidas en la entrada.

Si esta cronología resulta exacta, los papiros del *wadi ed-Daliye* se llevarían la palma de la antigüedad entre los manuscritos descubiertos hasta ahora en tierra bíblica. En los manuscritos de Qumrán no hay ninguno que sea *ciertamente* anterior al siglo III a. C. Si trascibieran textos bíblicos, serían, supuesta su fecha, las copias más antiguas conocidas. Pero nada se ha dicho de esto, y más bien parecería que contienen textos administrativos. Aún así conservarían una importancia extraordinaria, porque la época y el medio del cual proceden nos son muy imperfectamente conocidos: las únicas fuentes palestineses de que disponemos (en copias posteriores) son los libros bíblicos de Esdras y Nehemías y los escritos de Flavio Josefo. Y ésta es la época, sin embargo, en la cual se consume el cisma samaritano, el Judaísmo adquiere su fisonomía definitiva, y la Biblia recibe, al menos en muchos de sus libros, la forma literaria bajo la cual hoy la conocemos.

Se espera, por consiguiente, con impaciencia, el estudio y la publicación provisoria que Frank M. Cross hará seguramente de los papiros durante los próximos meses, que corresponden a las vacaciones en el hemisferio norte. El ilustre semitista de Harvard contaba dedicarlas al esfuerzo de brindar a sus colegas menos afortunados el acceso a estas nuevas fuentes que el suelo, otrora tan avaro, de Palestina, nos brinda.

JORGE MEJÍA